

CAPITULO VI.

Inquietudes y esperanzas.

Son las doce del siguiente día, y estamos precisamente en el punto céntrico de la populosa capital; en la *Plaza de la Constitución*, conocida vulgarmente en México por *Plaza de armas*.

Nada tan hermoso, tan sorprendente como ese espacioso sitio que forma un cuadrado perfecto que mide 266 varas por cada uno de sus frentes, y á cuyos cuatro lados se elevan magestuosos los principales edificios de aquella ciudad de suntuosos palacios, oasis de los pensiles de América, orgullo del Anáhuac, y asombro de la Europa.

Hacia el Oriente se extiende gigantesco el palacio nacional, edificio imponente por

su sencillez y capacidad, que ocupa de frente 246 varas, coronado de almenas, y en cuyos ángulos se ostentan dos baluartes, como constantes centinelas de las libertades patrias. Al Poniente se ve el grandioso *Portal de Mercaderes*, de elegante arquería; al Norte el magnífico *Palacio Municipal*, de esbelta arquitectura, y el poético *Portal de las Flores*, llamado así por haber sido el punto adonde las canoas de los indios llegaban cargadas de flores, antes de que se cegara por este lado el canal de la *Viga*. Al Sur, y cerrando el cuadro, elévase la suntuosa catedral, toda de piedra sillar, cuyo costo ascendió, sin contar mas que con la obra material, á *dos millones de duros*. Este admirable templo, edificado sobre las ruinas del *teocalli*, en que los antiguos mexicanos sacrificaban á su dios de la guerra *Huitzilo potchli*, víctimas humanas, descuella con valentía por encima de los almenados edificios sus torres gigantes, como para significar que á pesar de los esfuerzos del hombre en sofocar las eristianas creencias, las obras consagradas al Señor se elevarán sobre to-

das las demas, para prestar sagrada sombra á los que buscan en la religion el principio de todo bien social.

Al costado de una de estas torres, hácia la parte que mira al Poniente se descubre á la altura de una y media varas de la superficie de la tierra, el calendario de los antiguos aztecas, lleno de curiosos signos y figuras labradas, único instrumento astronómico que se conserva de la época anterior á la conquista, y que prueba el alto grado de civilizacion á que habia llegado aquella parte del mundo, cuyo único lunar era el de sacrificar víctimas humanas. Este calendario tan admirable por su exactitud, como curioso por la época que representa, objeto único que sobrenada á la ruina del imperio de Moctezuma, se desenterró en 1790 de un sitio de la plaza de México en que estaba oculto, y se colocó en el que hoy ocupa, que es sin duda uno de los mas públicos: es todo de sólida piedra, y su circunferencia es de 13 y media varas. No hay extranjero ni hijo del país, que al pasar por este costado de la catedral, no se detenga á con-

templar tan antiguo monumento, fecundo en recuerdos históricos, y cuya vista despierta ideas maravillosas que trasportan al curioso observador á esos risueños mundos que de tan bellos colores sabe vestir la fantasía.

Una de las particularidades de calendario tan digno de estima, es el de ser perpétuo: está dividido en 52 años, y cada uno de estos años en 18 meses de 20 dias cada uno. Las fases de la luna, los movimientos del sol, los dias festivos, los años bisiestos, todo está señalado exactamente en esta obra, que revela el alto grado á que habian llegado en México las ciencias.

Todos estos edificios, construidos de rica piedra sillar, y que como llevo dicho, rodean la gran plaza de México, estaban coronados en el instante en que nos encuentra nuestra historia, de valientes soldados del gobierno que por entre las almenas, las torres y las azoteas se presentaban armados, y dispuestos al parecer á una sangrienta lucha. El traje que vestian era altamente militar, y la oficialidad que los mandaba,

reunia al valor, la hidalguía, la inteligencia y la finura.

Solo una gran casa de dimensiones colosales que remedaba una ciudad encajonada en otra, permanecía solitaria, pacífica, sin un soldado, sin un centinela, sin un habitante en medio de la Plaza de armas; este edificio era el Parian, que contaba de largo por la parte que mira al Portal de Mercaderes, 235 varas, y otras tantas de fondo. Construido expresamente para que el comercio estuviese reunido en un solo sitio, el Parian era el emporio de la riqueza de la capital. Por sus cuatro frentes no se veían mas que lujosas tiendas donde se encontraban los géneros mas exquisitos de la China, y los mas ricos de Inglaterra y Francia. Por dentro estaba adornado de calles rectas, cubiertas tambien de surtidas tiendas, donde los mas elegantes paños y delicado gró, se ostentaban junto al costoso tisú, la brillante lama de oro y plata, y los bordados pañuelos de Manila. Allí estaba, en fin, toda la riqueza de los comerciantes españoles, y los capitales adquiridos por

ellos á fuerza de honradez, de perseverancia y de años. Este grandioso edificio ostentaba sobre las tiendas, otro piso mas que venia á formar otros tantos almacenes. Dedicado exclusivamente, como hemos dicho, para el comercio, en él no vivía nadie: las colosales puertas que por los cuatro lados daban entrada al público, se cerraban á la oracion por dependientes del ayuntamiento, y los serenos vigilaban de noche para que nadie penetrase en tan codicioso recinto.

Hoy no queda nada de esta obra: Santa-Anna, siendo presidente, mandó derribarla muchos años despues, para dar á la plaza mayor hermosura y regularidad.

Dado á conocer este punto con quien se rozará mas adelante nuestra hitoria, demostrado el objeto con que fué construido, y manifestada por último la riqueza que en él se encerraba, sigamos sin detenernos el hilo de nuestra narracion.

Una batería de tres piezas, servida por expertos artilleros y situada á la entrada de la primera calle de Plateros, entre la esquina del Portal de Mercaderes y del Empe-

dradillo, defecada la entrada principal de la plaza.

Un general montado en un arrogante caballo y seguido de varios oficiales de alta graduacion, recorria en aquel momento los puntos que hemos mencionado, recomendando á todos el cumplimiento de su deber. A su lado se destacaba la figura de un gallardo oficial: viste un ancho pantalon azul con franja de plata; casaca encarnada, sobre cuyos hombros descansan dos bruñidas charreteras de oro; y enbre su preciosa cabeza, un brillante casco de metal blanco, sobre el que ondula un penacho de plumas encarnadas y azules que hacen resaltar favorablemente la expresiva mirada de sus grandes ojos negros, su gracioso bigote y la luciente cabellera, rival de la seda en lo suave y émula del ébano en el color. Pendiente de un bellissimo cinturon de seda tricolor con largos cordones de lo mismo, lleva una lujosa espada que pudieran envidiar los cinceladores y los guerreros; aquellos por el mérito artisco que encierra, los segundos por el delicado temple de su exquisita ho-

ja. Este apuesto militar, que reúne á una delicada belleza, la fuerza de los atletas y el valor de los héroes romanos, es Miguel, el ayudante del ministro de la guerra, el embozado del acueducto que ha logrado se le permita estar donde se considere mayor el peligro.

¡Tal vez le halaga la terrible idea de que así terminarán sus padecimientos, hallando la muerte en el sangriento combate que se espera!

Pero en medio de aquel aparato de guerra que se advierte en el corto recinto que ocupan las escasas fuerzas del gobierno, no se escucha ni un viva, ni una voz que excite al combate, ni una palabra que inflame el corazon del soldado. Mas parece que van á la lid por cumplir con un deber, que por convencimiento ó esperanza en el triunfo. Los centinelas permanecen quietos y mudos, sin apartar los ojos de un sitio por donde sin duda esperan al enemigo; los oficiales dirijen el antejo hácia el mismo punto, y los artilleros firmes al pié del cañon, esperan con el botafuego en la mano, el

momento de lanzar la muerte sobre las filas contrarias.

Del mismo aspecto, lúgubre y siniestro, participaba la población. Las calles estaban desiertas, y las sólidas puertas de los zaguanes permanecían cerradas, cual si sus grandiosos edificios fuesen otros tantos mausoleos que encerraban la ciudad entera.

Las tiendas, los talleres, las fábricas, los almacenes, todo cuanto constituye, en fin, la vida de un pueblo activo, ilustrado y laborioso, permanecía en silencio.

El galope de algun caballo, cuyo jinete pasaba como una exhalación para comunicar órdenes en su respectivo campo, alteraba aquel estado de tranquilidad: y solo entonces se abrían las puertas de los balcones y asomaban la cabeza las mujeres y los niños, los hombres y los muchachos, impulsados por esa curiosidad invencible que domina al hombre cuando espera la noticia de extraordinarios acontecimientos.

Pero el caballo y el jinete pasaban, y los balcones volvían á cerrarse para abrirse mas tarde con igual motivo, y cerrarse otra

vez, satisfecha la curiosidad de los que dentro de sus casas esperaban sobresaltados el desenlace de algun drama sangriento que iba á tener lugar en las rectas y espaciosas calles.

De repente se oyó en el punto mas avanzado del enemigo, al toque de una corneta, y se dejó ver un oficial tremolando una bandera blanca: los del gobierno contestaron á la misma señal, á la voz de *parlamento*, empezó á correr de boca en boca por las filas de ambos partidos.

Miguel, á una orden del general á cuyo lado le hemos visto, se dirigió al galope al palacio para poner en conocimiento del gobierno lo que ocurría; pocos instantes despues se le vió volver; habló en secreto al jefe que le habia enviado, y á una señal de éste, el corneta que estaba á su lado dejó oír el conocido toque de *avancen los parlamentarios*.

Al escuchar esta señal, todos los balcones se abrieron á la vez como tocados por un resorte mágico y se cubrieron de personas de ambos sexos y de todas edades: pa

recia que el ángel de las tumbas había sonado la poderosa trompeta que convoca á juicio, y que los muertos, envueltos en fantásticas vestiduras, alzaban la losa de los sepulcros, dirijiendo á todas partes la medrosa vista.

En tanto Miguel y otro de los ayudantes descendieron de sus caballos, y avanzaron por la calle de Plateros á recibir á los parlamentarios que ya se aproximaban.

Poco tardaron en encontrarse, y entonces tuvo lugar una de esas peripecias que suele presentar con bastante frecuencia la providente casualidad.

Al fijar la vista unos en otros para saludarse, los rostros de dos personajes cambiaron de color y de gesto con una prontitud indecible; en la fisonomía del uno se pintó la sorpresa; en la faz del otro la ira, la venganza, la desesperacion, los celos. Eran dos seres que se odiaban con toda el alma; que se habian encontrado en el mundo para hacerse mutuamente desgraciados; para hacerse una guerra á muerte: eran Miguel y Fernando, en fin, á quienes la férrea

mano del destino los empujaba uno hácia el otro para hacerles sentir las amarguras de la vida. Sin embargo, demasiado prudente el uno y el otro para dejarse arrastrar del primer ímpetu y dar á conocer á los extraños cosas que á la honra de entrambos interesaba ocultar, encerraron con la llave de la prudencia la indignacion en el pecho; se dirijieron hácia el palacio, aplazando interiormente el momento de la venganza.

Al penetrar en la plaza de armas, los ojos de la gente que ocupaba los balcones del *Portal de Mercaderes* se fijaron en los parlamentarios. Un grito de sorpresa acompañado del nombre de *Rossi!* se dejó entonces oír en los lábios de una jóven, que no pudo dominar un sentimiento de horror.

Rossi, pues no era otro el que marchaba al lado de Fernando, conoció aquella voz, y dirijó una zumbona mirada envuelta en una siniestra sonrisa, hácia el sitio de donde habia salido su nombre.

—Retirémonos, padre mio.

Dijo la hermosa, aterrada con aquella sonrisa del sardo, dirijiéndose á un hombre co-

mo de cincuenta y cuatro años que con otro jóven de arrogante presencia estaba á su lado.

—Sí; entremos, Pilar: contestó el anciano al tiempo que cerraba el balcon:—la vista de ese ingrato me hiela la sangre; me hace daño.

—¿Cuál será la mision que trae?

Añadió Pilar con esa mezcla de interes y de temor que nos domina cuando tememos un mal resultado.

—¿Cuál puede ser sino la de nuestra expulsion, hija mia?

—¡Nuestra expulsion!

—Sí, Pilar.

—¿Cree vd., padre mio, que eso intenten?

—Es uno de los objetos principales del pronunciamiento.

—¡Dios mio!....—dijo con marcado sobresalto Pilar.—¿Y espera vd. que el gobierno obsequie en ese punto la voluntad de los pronunciados?

—¿Y de qué sirve que deseche, como desechará, tan injusta exigencia, si en la lucha que se ha empeñado tiene que ceder á la

fuerza de las armas? Su negativa no servirá mas que para alargar unas cuantas horas nuestra permanencia en el país.

—¡Unas cuántas horas!

Exclamó aterrada Pilar.

—El gobierno está reducido á las cortas fuerzas reunidas en la plaza, y con ellas es imposible triunfar de la revolucion, á no ser que Dios obre uno de esos milagros que vienen á hacer estériles los cálculos mas bien combinados del hombre.

—¿Quiere decir que no hay remedio?...—Pronunció la hermosa jóven, exhalando en un suspiro el eco de una pena escondida en el corazon.—¡Salir de México! ¡abandonar el suelo en que descansan las cenizas de nuestra pobre madre!.... el país en que hemos nacido; donde tenemos nuestras amigas, nuestros parientes....

—¡Nuestro amor tal vez! ¿no es verdad, hija mia?

Dijo D. Andrés estrechando con ternura la mano de la hermosa jóven. Pilar pretextó limpiarse la ebúrnea frente, y cubrió su divino rostro, encendido de brillante nácar

con el blanco pañuelo, como suele la palmera ocultar su purpúreo fruto bajo las frescas y amorosas ramas.

—¿Por qué no lo dices, hija mia?—añadió el anciano notando el pronunciado carmin de sus mejillas que brillaban tras el leve pañizuelo como brilla la dorada luz del sol al través de los blancos celajes que lo velan.—¿Crees tú que te reprendiera yo, que tanto te amo, que deseo tu felicidad, por saber que tu corazón no había podido permanecer insensible á ese sentimiento en que todos hemos sentido imperar en nuestra alma!

—¡Padre mio!...—Exclamó Pilar haciendo un esfuerzo para ocultar lo que pasaba en su corazón.—Yo no amo á nadie mas que á vd.

—¿De veras?

—Sí, padre mio.

—Ojalá no me engañes, porque así al menos sabré que en nuestro destierro no te atormenta el recuerdo de un objeto, hija mia, que se hace superior á la razón, que

nos avasalla, y sin el cual no podemos ser felices.

En los ojos de Pilar brillaron dos lágrimas. Su padre continuó:

—Ya ves que te hablo, hija mia, con la franqueza de un amigo; pero de un amigo sincero, desinteresado, pues no es otra cosa un padre que idolatra en sus hijos, que se ve en ellos, que no vive sino por ellos y para ellos.

Aun cuando Pilar se hubiera encontrado dispuesta á revelar algun secreto, hubiera bastado á retraerla de su intento aquel mismo cariño que notaba en su buen padre. La jóven conocia que la sincera confesion de cualquier otro afecto era clavar en el corazón de aquel anciano un dardo agudo que le hubiera atormentado en su destierro, viendo constantemente en su hija una mártir que se sacrificaba al amor filial, y quiso ahorrarle este nuevo sentimiento. Quiso que en su destierro le halagase al menos la consoladora idea de que sus hijos eran felices á su lado, que no tenían otro cariño que el suyo; que él solo ocupaba el corazón

de los séres que le debian la vida. Resuelta, pues, á labrar en lo posible la ventura de su padre, aun á costa de su propia felicidad, exclamó:

—Confieso que no amo en el mundo mas que á vd., padre mio.

—¡Será posible!

—¡Sí, á vd. solamente!

—¡Hija del alma!

D. Andrés la estrechó contra su corazon: esprimió en un beso que colocó en su frente virginal, toda la ternura de un padre que se ve rodeado de hijos agradecidos.

El jóven que hasta entonces habia permanecido en silencio presenciando aquella cariñosa escena, dijo tomando parte en ella, y colocándose al otro lado del anciano.

—No sé, padre mio, por qué da usted pábulo á esas siniestras ideas que le hacen sufrir y que desgarran el corazon de mi querida hermana. Las tropas con que cuenta el gobierno son pocas, pero leales, y ya sabe usted que no siempre triunfa el número del valor.

—No te entregues, Carlos, á lisonjeras

ilusiones que serán tanto mas terribles cuanto menos esperado fué el desengaño.

—¿Tienes tú alguna esperauza, hermano mio?

Preguntó Pilar á su hermano, con ese afan que experimenta el corazon cuando quiere oir una palabra consoladora.

—Sí; la tengo.

En el rostro de la jóven brilló un rayo de alegría.

—Carlos—añadió el anciano con acento vaticinador—dentro de una hora habrá caido el gobierno; y la revolucion dará á los españoles la severa órden de expulsion.

—La de vd. nunca, padre mio—interrompió el jóven con acento resuelto y varonil.—Entre los que están complicados en el pronunciamiento, tengo amigos que, aunque triunfe la revolucion, me servirán en lo que yo les pida.

—No lo esperes, Carlos, tu buen corazon te alucina.

—Guerrero, á quien los pronunciados proclaman presidente—advirtió el jóven—es un hombre de buen corazon y de hidalgos

sentimientos, que no desatenderá la voz de la justicia.

—Sí; pero Guerrero está rodeado de ambiciosos extranjeros, como Rossi, á quienes cree sinceros patriotas, y ellos, no los mexicanos, son nuestros mortales enemigos.

En tanto que tenia lugar este diálogo entre los dos jóvenes y el anciano, los parlamentarios intimaron al gobierno la expulsion de los españoles en el reducido tiempo de veinticuatro horas. El gobierno se negó enérgicamente á esta pretension, que calificó de injusta y antipolítica, y en consecuencia se retiraron los parlamentarios, acompañados siempre de Miguel y del otro ayudante.

Al llegar al terreno neutral para separarse, y marchar cada cual al punto que le correspondia, Fernando alargó la mano á su rival, y le dijo en voz baja, y con acento terrible.

—Quiero que nos encontremos en el combate.

—Nos encontraremos.

—Será una lucha personal.

—La ambicionado.

—Lejos de nuestros soldados.

—Corriente.

—Este será el punto por donde venga.

—Aquí estaré.

Y una mirada amenazadora de odio y de venganza cruzó entre ellos al alejarse.

Poco despues se disponian en uno y otro campo para el combate en que se iba á resolver la suerte de los pacíficos españoles radicados en el país.